

**CLAUDIA RAZZA**

**DALL'ANALITICA ALL'ESTETICA  
Metafora e metodo fenomenologico  
come alternativa alla svolta linguistica**

**PISA, EDIZIONI ETS, 2014, 354 PP.**

por **Javier San Martín Sala**

Después de publicar una interpretación fenomenológica de Robert Musil (*Musil fenomenologo. Dal giovane Törleß all'uomo intenzionale*), la doctora Claudia Razza nos regala, a los años, este nuevo libro, ahora sobre la estética. En él concentra su esfuerzo en evidenciar las contradicciones de un enfoque que podríamos calificar de antifenomenológico, fundamentalmente el analítico-lingüístico. El objetivo es mostrar de qué manera y por qué razones la visión fenomenológica (filosófico-sintética) no puede ni debe considerarse superada. Ya el esfuerzo de trabajar la estética desde la fenomenología es de por sí un mérito, porque se

dan en ese campo ciertas carencias, posiblemente por la dificultad que ese trabajo conlleva, aunque no quiero dejar de citar en este contexto el *Handbook of Phenomenological Aesthetics* (Embree, L. y Sepp, H. R., 2010), que en parte suple ese déficit. En todo caso, no hay que olvidar que el "gusto estético" no es una denominación tan antigua. En opinión del profesor Simón Marchán, solo en el siglo XVIII se hace presente, al pasar del gusto estrictamente gastronómico al gusto estético. Si no era algo a primera vista evidente, la descripción fenomenológica del gusto estético tampoco aparece como una prioridad. Pues

bien, la doctora Razza había dedicado el libro que he señalado al principio a ahondar en esa misma dirección a través de una interpretación fenomenológica de la experiencia estética originaria en Musil (a partir de su primera novela). En ambos libros se puede encontrar una suerte de insistencia en un tipo de reflexión que, habiendo quedado más abierta, se ofrece como ocasión para seguir desarrollando la visión husserliana.

Ahora bien, tal vez sea Italia el país en el que no exista ese déficit de trabajos de estética desde la fenomenología porque hay ya toda una tradición consolidada, en la que se enmarca este trabajo de crítica fenomenológico-metaforológica; de hecho se inscribe en la línea (estética, precisamente) que en Italia ha desarrollado especialmente Enzo Paci y que fuera continuada por Stefano Zecchi, que ha escrito un conciso y claro prólogo a la obra de la doctora Razza que reseño.

De todos modos, el ensayo sigue un diseño no convencional y nada conformista, pues toma distancia tanto del clásico metaforólogo Blumenberg como del otro

experto y teórico de la metáfora, en este caso considerado fenomenólogo, Paul Ricœur.

Por otra parte, aun centrándose sobre el tema de la metáfora, el texto termina subrayando en Heidegger los aspectos de continuidad con Husserl (en vez de los de ruptura, como se ha venido haciendo a partir de Derrida). Para esto resulta crucial el trabajo de Grassi —otro miembro de esa tradición italiana— a partir de su propia reivindicación del valor fenomenológico, aunque termine mostrando una paradoja ulterior. Después de todo, y a pesar de la torsión metaforológica del módulo intencional primordial (solo aparentemente heterodoxa), lo que emerge en realidad es una concepción ortodoxa de la fenomenología, en virtud de la cual termina resultando evidente la deuda fundamental que la autora, argentina de origen, mantiene con la formación recibida, en su país, del profesor Roberto Walton. Todo ello hace que en el contexto italiano la posición de la autora resulte algo insólita y un tanto aislada.

Valorando el “giro estético” de la fenomenología como una alter-

nativa al “giro lingüístico” propugnado y practicado por la filosofía analítica y, en el ámbito “continental”, por la corriente deconstruccionista desde una presunta post-fenomenología, el texto subraya el principio husserliano de que la filosofía debe dirigirse “a las cosas mismas” antes que a su expresión en un lenguaje. Y por esta línea la reflexión llega a una interpretación ontológico-existencial (en vez que meramente poético-lingüística) de la metáfora también en Heidegger. El camino no es lineal sino dialéctico (avanza fenomenológicamente a través de una serie de tomas de distancia), e intercala los sucesivos módulos de crítica en una argumentación que se va consolidando a medida que se va afirmando como alternativa.

El texto propone dos conceptos: el de ascenso gnoseológico, que evidencia la oposición entre el método fenomenológico (fundado en la intencionalidad de una conciencia en última instancia privada) y ese principio que Quine llamó del *semantic ascent*, que define el pasaje de un hablar acerca de objetos, al hablar simplemente de palabras, al que la tradición analítica

angloamericana se pliega, y que pone en primer término al lenguaje en su dimensión pública, formal o convencional (y por ende literal). Sin embargo, en cuanto se intenta tomar en cuenta la metáfora, la peculiaridad del sentido metafórico termina por insertar el supuesto de la síntesis de manera acrítica también dentro del análisis, llevándolo por lo tanto a una auto-contradicción, para lo cual se toma el trabajo de Davidson desde la descripción un tanto osada de Rorty.

El segundo concepto es el de estética fundamental, que surge de una lectura fenomenológica (husserliana) de la prioridad trascendental de la estética a partir de Kant (*aisthesis* como primer escalón constitutivo, que en Husserl es la percepción), y confluye en la ontología fundamental de Heidegger a partir de la analítica existencial, llegando por esta línea hasta Gadamer.

En todo este recorrido, una metáfora con valor ontológico —como Ernesto Grassi recuerda, y que debe ser distinguida de la metáfora como mero “tropo” lingüístico—, es tema e hilo conductor, hasta

volverse tanto elemento del método fenomenológico (*noein* es *metapherein*; las categorías mismas se constituyen a partir de la intuición precategorial), como instrumento de análisis y criterio discriminador: la manera en que cada teoría considera y trata la anomalía metafórica permite distinguir las posiciones que privilegian el lenguaje (ya sea en su forma o en el significado) de las que, como en el caso de Husserl, privilegian el sentido y la experiencia, y por ende la presencia ineludible de un sujeto que da sentido, y que lo hace en tanto sujeto intencional, siempre de nuevo a partir de su condición de ser finito: una conciencia, un individuo. Y por eso adquiere tanto peso, sobre todo en este tiempo en que domina la tendencia hacia lo que se llama *virtualización* del hombre y de la realidad, asunto que asoma aunque sea brevemente al final del libro, la insistencia, tan fuerte y propia de la filosofía de habla hispana, en la necesidad de rehumanizar la filosofía, tema en el que se hace eco de José Gaos, autor con cierta presencia a lo largo del ensayo.

Un último pero significativo apunte: el ideograma que aparece

en la tapa (y que en japonés tiene el significado de pensar, representarse algo en la conciencia, dar sentido, cierto sentido), no incluye en ninguno de sus trazos referencia al lenguaje. Incluye a la persona, la unidad y el corazón, y bien podría ser interpretado como un individuo que piensa, que piensa sintiendo, o yo pienso (lo cual de paso también evoca, de modo meditativo, el inicio cartesiano). Ese ideograma representa un buen contrapunto respecto del símbolo con que apareció en edición italiana *La metáfora viva* de Ricoeur, un símbolo también ideográfico de un idioma siberiano que quiere decir "él dice". En este cambio de perspectiva tal vez pueda considerarse resumida la peculiaridad de una teoría fenomenológica de la metáfora: un paso que tal vez aún quedaba por dar después de la magna obra de Ricoeur.

El libro consta de una introducción, con el significativo título "Sin síntesis, ¿hay filosofía?", donde se plantea de inicio la oposición con la filosofía analítica como una filosofía meramente del lenguaje. A la introducción siguen dos partes, la primera "La metáfora como problema", que ocupa algo más de un tercio del

libro. La parte segunda, con el título “La metáfora como respuesta”, un poco más corta que la anterior, expone en quince apartados el grueso de la concepción de la doctora Razza. Si en la primera parte los autores más citados son Rorty y Davidson, los fenomenólogos, que ya estaban presentes en la primera, lo hacen masivamente en la segunda, sobre todo Husserl y Heidegger, así como los dos autores frente a los que se sitúa la doctora Razza, Blumenberg y Ricoeur.

A estas dos partes, que equivalen ambas a más de dos tercios del libro, sigue una amplia sección a modo de conclusión con el título “Sin síntesis ni siquiera hay lenguaje”, que es una clara respuesta a la pregunta con que se iniciaba la introducción.

En suma, se trata de una excelente publicación que merecería ser consultada también en España. Ya

que la doctora Razza cita tanto a Unamuno como a Ortega, sería deseable que estudiara la metáfora en Ortega —lo que seguro, como alguna vez me ha dicho, exigiría todo un libro—, porque en él la metáfora tiene un alcance tanto poético como científico. Y por supuesto, sería muy interesante que explorara las aproximaciones a la fenomenología en España, donde hace años que estamos en esa línea que en Italia había descubierto la escuela surgida en torno a Enzo Paci, discípulo en esto de Antonio Banfi. La posición de estos autores coincide con lo que ahora llamamos el nuevo Husserl, pero en el que en España llevamos trabajando ya varias décadas. Estoy seguro que en relación con la experiencia estética la lectura de la ya amplia obra de César Moreno le hubiera sido también de gran ayuda.